

## NOTAS Y COMENTARIOS

### Noche oscura en *Las moradas* de Santa Teresa

SECUNDINO CASTRO SÁNCHEZ, OCD  
(Madrid)

La noche oscura es uno de los elementos constituyentes de la existencia espiritual y una realidad polivalente. Se refleja en estados de conciencia, en que los parámetros de la fe como verdades seguras y claras se desestabilizan<sup>1</sup>. El último estadio de la misma es la percepción de incapacidad sustancial de Dios que siente el hombre. Aquí radica lo que Juan de la Cruz denominará noche oscura en sentido propio<sup>2</sup>, aunque luego la extenderá a otros momentos de menor intensidad<sup>3</sup>. También en éstos los distintos puntos de captación de lo religioso se perturban. La noche, actuación amorosa de Dios<sup>4</sup>, tiene por objeto la recreación del ser, su despliegue para que Dios advenga señor y amigo en su propio estilo<sup>5</sup>. Aunque se siente como ausencia, es presencia amorosa y cualificada, que no

<sup>1</sup> Cf. 2N 16,4.

<sup>2</sup> Cf. 2N 9,3; 5,1.5; 2N 1,3. «Todo lo más que padece y siente en los trabajos de esta noche es ansia de pensar si tiene perdido a Dios y pensar si está dejada de él» (2N 13,5). Cito las Obras de San Juan de la Cruz por la edición de Editorial de Espiritualidad: SAN JUAN DE LA CRUZ. *Obras Completas*. Revisión textual, introducciones y notas al texto: José Vicente RODRÍGUEZ. Introducciones y notas doctrinales: Federico RUIZ SALVADOR, Madrid 1993<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Cf. S. CASTRO, *Hacia Dios con San Juan de la Cruz*. Madrid, EDE, 1986, 87-91; cf. 2N 3,1; LI 1,18-26.

<sup>4</sup> Cf. 2N 5,1; 12,1. «Siente el alma que es de tanto precio esta pena, que entiende muy bien no la podía ella merecer» (6M 11,6). SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*. Edición manual. Transcripción, introducciones y notas de Efrén DE LA MADRE DE DIOS, OCD y Otger STEGGINK, O. Carm., Madrid, 1986<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Cf. 2N 9,5.

se logra percibir de momento por exceso de intensidad, ya que «de secreto enseña Dios al alma y la instruye en perfección de amor sin ella hacer nada ni entender cómo»<sup>6</sup>.

En este tema debe distinguirse el símbolo —noche oscura— y su contenido. Teresa no desarrollará el primero, pero sí nos hablará ampliamente del segundo. Muchos de los elementos teresianos pasarán al pensamiento sanjuanista. De tal modo, que yo he llegado a sospechar que la fuente principal de Juan de la Cruz en este tema, en cuanto a contenidos, no a emoción poética y a reflexión teológica, es la misma Santa Teresa<sup>7</sup>; aunque la bibliografía sobre la noche oscura teresiana incomprensiblemente sea prácticamente inexistente, y los tratadistas de la Santa no se detengan en esta faceta espiritual, contentándose en poquísimos casos con meras alusiones<sup>8</sup>.

Antes de nada quiero recordar al lector, como muestra, tres pasajes correspondientes a las últimas etapas de su vida espiritual, donde los parecidos con los textos sanjuanistas de la «noche horrenda» no podrían ser más. Hablando de la fundación del convento de Segovia, dice: «Mas porque no hubiese fundación sin alguno [trabajo], dejado el ir yo allí con harta calentura y hastío y males interiores de sequedad y oscuridad en el alma grandísima»... (F 21,4).

<sup>6</sup> 2N 5,1; cf. 2N 9,1.5; 2N 2,1-7.

<sup>7</sup> Se ha discutido mucho sobre las fuentes del Santo. Es seguro que había leído las obras mayores de Teresa antes de su impresión. Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ. *Obras Completas*. Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1980, 746-747. De esta misma opinión es Tomás ÁLVAREZ, *Comentarios a «Vida», «Camino» y «Moradas» de Santa Teresa. Para la reflexión y oración personal y de grupo*, Burgos, Monte Carmelo, 2005, 257.

<sup>8</sup> En la magnífica síntesis de Jesús CASTELLANO, «Espiritualidad teresiana. Experiencia y doctrina», en A. BARRIENTOS (ed.), *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2002<sup>2</sup>, 157-281, no se estudia este tema. Conviene, sin embargo, reseñar una tesis doctoral en Filosofía que aborda el símbolo de la noche en Santa Teresa y en San Juan de la Cruz, más en este último: M. L. H. SMITHERAM, *The symbol of Night in the Works of Santa Teresa de Jesús and San Juan de la Cruz*. Universidad de California, Berkeley, 1977. Una pequeña síntesis de su pensamiento puede verse en M. CRIADO DEL VAL (dir.), *Actas del I Congreso Internacional sobre Santa Teresa y la Literatura Mística Hispana*. E.D.I.S.A., General Oráa, 3, Madrid, 1984, *Santa Teresa y la «noche oscura del alma»*, 339-342. El conocido especialista Tomás ÁLVAREZ, en *Comentarios a «Vida», «Camino» y «Moradas»*, o.c., lee como noche pasiva del espíritu el capítulo primero de las sextas moradas, pp. 656-659.

Este texto es posterior a la concesión del matrimonio espiritual. Al comienzo de sextas moradas, escribe: «Vienen unas sequedades, que no parece que jamás se ha acordado de Dios ni se ha de acordar, y que como una persona de quien oyó decir desde lejos, es cuando oye hablar de Su Majestad» (6M 1,8). Refiriéndose a algunos tormentos de estas mismas moradas, afirma: «Yo os digo que será imposible dar a entender cuán sensible cosa es el padecer del alma y cuán diferente al del cuerpo si no se pasa por ello» (6M 11,7).

Sabido es que la espiritualidad carmelitana, que tiene por objeto las cumbres —el Carmelo<sup>9</sup>, las almenas— (el aire de la almena)<sup>10</sup>, es experta también en noches, como puede verse en Juan de la Cruz y en Teresa de Lisieux<sup>11</sup>, entre otros.

Recientemente abordé el tema en la autobiografía teresiana<sup>12</sup>. Allí pude comprobar que la noche se infiltra en los grandes espacios de luminosidad, tan característicos de ese libro. Cuando comencé el presente estudio, pensé hurtarle a Juan de la Cruz las palabras «noche sosegada», para definir la de Teresa, pero finalizado, no dudo en afirmar que su noche no es menos oscura que la sanjuanista ni menos traumática que la de Teresa de Lisieux. Y abrigo la sospecha de que ella, que confiesa que escribe «para engolosinar» (V 18,8), ha sentido la tentación de ocultarla un tanto<sup>13</sup>, no utilizando la expresión «noche oscura», que, sin duda, oyó de labios de San Juan de la Cruz<sup>14</sup>, disimulándola entre las diversas pruebas del alma en

<sup>9</sup> 1R 19,9-14.

<sup>10</sup> Estrofa 7 del poema *Noche oscura*.

<sup>11</sup> Cf. J.-F. SIX, *Una luz en la noche. Los 18 últimos meses de Teresa de Lisieux*. Madrid, San Pablo, 1996.

<sup>12</sup> S. CASTRO SÁNCHEZ, «La noche oscura de Santa Teresa. Experiencia de noche en el libro de la Vida», en E. ESTÉVEZ y F. MILLÁN (eds.), *Soli Deo Gloria. Homenaje a Dolores Aleixandre, José Ramón García-Murga, Marciano Vidal*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, 2006, 67-86.

<sup>13</sup> Es muy sugerente, a este respecto, el título del capítulo 33 (CE): «En que trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de la oración», y añade en el de 20 (CV): «Y aconseja a las hermanas de esto sean sus pláticas siempre».

<sup>14</sup> No parece que este período espiritual no fuera objeto de conversación entre ambos, cuando Teresa tuvo la oportunidad de tener a Juan de la Cruz como director en sus años de priorato del convento de la Encarnación (1571-1574). Juan de la Cruz fue director de la comunidad los años 1572-1577.

su salida hacia la luz. Teresa no dudará en afirmar haber experimentado después del matrimonio espiritual, como ya dijimos, períodos de noche (F 21,4). Los capítulos primero y último de sextas moradas describen una noche que contiene, como veremos, prácticamente los mismos elementos que la noche pasiva del espíritu del místico poeta. El proceso teresiano del libro de Moradas se constituye por una fuga de nupcialidad audaz, de las tinieblas del ser (1M 2,1) a la luz trinitaria (7M 1,7), como podrá comprobarse, y Teresa expresa, hablando de la oscuridad del yo en la primera morada y de la claridad<sup>15</sup> del mismo en la última. Noche, por la secreta escala<sup>16</sup>, hasta la radiante aurora de la almena, que en el caso de Teresa se halla en el centro del ser. En Juan de la Cruz, en *Llama de amor viva*, también la dirección es hacia el centro. Preciosa inclusión literario-mística. No hace falta recordar que la noche y la sequedad se producen por exceso de Dios y de dulzura del Espíritu divino, que advienen sigilosos (en la noche) al hombre<sup>17</sup>.

#### SU ILUSIÓN DE ESCRITORA TRASPASADA POR LA NOCHE

Cuando Teresa recibe el mandato de escribir se encontraba en una situación anímica crítica. La menos apta para elaborar un libro, que ella soñaba como la constancia definitiva y última de su secreta historia con Dios. Sabemos que estaba convencida de que fue deseo

Precisamente durante su dirección le fue concedida a Teresa la gracia del matrimonio (CC 29), 18 de noviembre de 1572. En el año 1574, hablando de la fundación del convento de Segovia en el que se encontraba Juan de la Cruz, escribe lo ya reseñado: «Mas porque no hubiese fundación sin alguno [trabajo], dejado el ir yo allí con harta calentura y hastío y males interiores de sequedad y oscuridad en el alma grandísima»... (F 21,4). Nótese la palabra oscuridad grandísima. ¿No consultaría esta oscuridad con Juan de la Cruz? ¿No había descubierto todavía Juan de la Cruz la noche oscura?

<sup>15</sup> «A manera de una nube de grandísima claridad» (7M 1,7).

<sup>16</sup> En Teresa los peldaños están orientados hacia abajo, hacia el centro del ser, donde se halla la luz, el sol (V 40,5; 1M 2,3): «Es de considerar aquí que la fuente y aquel sol resplandeciente que está en el centro del alma...» Cf. M. DE CERTEAU, «Culturas y espiritualidades»: *Concilium* 2 (1966) 192-193.

<sup>17</sup> 2N 13,2. Se pueden citar no pocos textos sanjuanistas en este sentido. Santa Teresa se fija más en lo purgativo, como preparación para acceder a un estadio superior (6M 1,15).

del Señor que escribiera la autobiografía<sup>18</sup>. Lo transcurrido desde entonces había sido todavía más bello. No podría elaborarse sino con el máximo cuidado y exactitud. Pues bien, en los momentos en los que la autora se dispone a dar principio a la obra, su Reforma religiosa, su mayor sueño, estaba en peligro de extinción<sup>19</sup>, su autobiografía, incautada por la Inquisición, a ella se le había obligado a recluirse en un convento, atándole las manos en los asuntos de su Reforma, y sus amigos y protectores han perdido poder o han sido removidos de sus cargos. Y por si todo esto fuera poco, se siente vieja y achacosa, con dolores de cabeza tan intensos que «aun los negocios forzosos —confiesa— escribo con pena» (M pról. 1). Además, se siente sin ánimo. Dice: «No me parece me da el Señor espíritu para hacerlo (el escribir) ni deseo» (M pról. 1), y sumamente incapacitada: «Algunas veces —recuerda— tomo el papel como una cosa boba que ni sé qué decir ni cómo comenzar» (1M 2,7). A la altura de cuartas moradas, rememorando la penosa situación en que se encontraba, comenta: «Por donde se me hizo casi imposible poder hacer lo que me mandaban escribir» (4M 1,10); y sigue aludiendo a lo mismo en las quintas: «Porque han pasado cinco meses desde que lo comencé... y como la cabeza no está para tornarlo a leer, todo debe ir desbaratado y por ventura dicho algunas cosas dos veces» (5M 4,1).

Para Teresa esta situación constituía un verdadero martirio. Por estar convencida de que su historia era una singular revelación de Dios, con la que él quería darse a conocer, al tener que reflejarla en esa situación tan precaria, temía poner en entredicho no sólo la transmisión fidedigna de la misma, sino también el modo y aquel estilo de Dios que tan intensamente la había subyugado y que tanto deseaba que conocieran otros. Algunos alegan que a Teresa —que se le había escapado en alguna ocasión el deseo de poder poner por escrito las experiencias habidas después de la redacción de la auto-

<sup>18</sup> «Y aun el Señor sé yo lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido» (V pról., 2).

<sup>19</sup> Para toda esta problemática, cf. J. VICENTE RODRÍGUEZ, «Castillo interior o las Moradas», en A. BARRIENTOS (ed.), *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, o.c., 466-470; SANTA TERESA DE JESÚS, *Castillo Interior y Cuentas de Conciencia*. Edición, introducción y notas de Salvador ROS GARCÍA, Madrid, BAC, 2006, 9-16.

biografía—, debió encantarle el mandato. Aun así, más se acrecienta su noche. Por su mente, sin duda, se dibujaría que al igual que peligrosaba su Orden y su autobiografía por la persecución de sus enemigos, ahora podían peligrar sus Moradas a causa de su propia incapacidad. Por cuanto nos dice después de concluir las, sabemos que ella soñaba con una obra superior al libro de la Vida. Así se deduce de aquella preciosa descripción de Moradas que nos ha regalado en una de sus cartas<sup>20</sup>. En medio de esta noche de escritora se decide a tomar la pluma con la confianza puesta únicamente en Dios: en pura fe. «Mas entendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles —afirma—, la voluntad se determina a hacerlo muy de buena gana, aunque el natural parece que se aflige mucho» (M pról. 1). Pero todo terminó felizmente, como ella manifiesta alborozada: «Después de acabado, me ha dado mucho contento» (7M 4,2).

#### LA NOCHE SE INFILTRA EN TODAS LAS CONTEXTURAS DEL LIBRO

##### *Y al principio fue la luz*

La autobiografía termina en una explosión de luz, con el centro del hombre esculpido en Cristo resucitado. En otro lugar he probado ampliamente que el final de Vida hace inclusión con el principio y final de Moradas. Los textos básicos son V 40,5; 1M 2,3; y 7M 2,10. Parece que la autora sufrió un pequeño «lapsus» suponiendo el texto de V 40,5 como si perteneciera al principio de Moradas (cf. V 40,5 y 7M 2,10). Al mismo tiempo que estos textos de luz encontramos otros de oscuridad o tinieblas como contrapunto

<sup>20</sup> «Sábese cierto que está en poder del mismo aquella joya [el libro de la Vida], y aun la loa mucho, y así hasta que se cansa de ella no la dará, que él dijo se la miraba de propósito. Que si viniese acá el Señor Carrillo dice que vería otra [el libro de las Moradas] que —a lo que se puede entender— le hace muchas ventajas, porque no trata de cosa sino de lo que es Él, y con más delicados esmaltes y labores, porque dice que no sabía tanto el platero [Teresa] que lo hizo entonces, y es el oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá. Hízose por mandato del vidriero [Jesucristo], y parece-se bien a lo que dicen» (Cta. 212, 10, Ávila, 7 de diciembre de 1577).

(V 40,5; 1M 2,2-3)<sup>21</sup>. Curiosamente, dentro de los de oscuridad hace alusión al comienzo de Moradas (1M 2,2) a su experiencia del infierno, relatada ampliamente en Vida (32,1ss).

El castillo luminoso de Moradas es el alma en el que se esculpe como en un espejo Cristo resucitado (V 40,5). Con esta imagen, contemplada en una grandiosa visión, expresa Teresa la ontología del ser humano. El yo no sólo se sustenta en Cristo resucitado, sino que también emerge de él. Con el pecado o por la carencia de relación con el Señor, la luminosidad desaparece y el ser traslúcido se llena de oscuridad, aunque Cristo permanezca allí oculto, dándole vida (V 40,5; 1M 2,2-3). Ese Cristo, lleno de esplendor, será contemplado también por Teresa como fuente que inunda de vida el jardín. Las dos imágenes irán apareciendo a lo largo de Moradas. Sus expresiones inmediatas son la oración de recogimiento (luz) y la de quietud (fuente) de cuartas moradas, a las que volverá a recordar en sextas (5,3) y séptimas (3,13), ya sumamente dilatadas y transfiguradas.

Recuperar la luminosidad del ser en fuga nupcial hacia la aurora, saliendo en la noche en busca de la presencia de Dios oculto en el alma, será el propósito del libro. El hombre se halla en noche oscura en este caso, como hemos dicho, por falta de relación con el Señor. Teresa lo describe así: «No se puede representar ni ver este Señor, aunque esté siempre presente dándonos el ser» (V 40,5). Y denominará «bestialidad» a este vacío (1M 1,2), y «oscuridad» (1M 2,2). «No hay tinieblas —dice— más tenebrosas ni cosa tan oscura y negra que no lo esté mucho más» (1M 2,1). Ello se debe a que no se permite resplandecer al foco que se halla en el centro (1M 2,14). Aunque no se hable de noche oscura, las imágenes son muy similares.

### *Una voz tenue ilumina las sombras (2M)*

La palabra de Dios viene a recrear el ser (2M 1,5). Esa voz, que no es como las palabras que Teresa escuchará más adelante (6M

<sup>21</sup> Este conjunto de textos da suficiente razón de cómo se fue gestando en Teresa la imagen y el símbolo de Moradas. No es necesario acudir a esa supuesta visión de la que habría gozado la autora antes de dar principio a la obra, de que nos habla Diego de Yepes (BMC II, 490-505).

3,1ss), comienza a percibirse como claridad que ilumina tenuemente en la noche objetos que hasta ahora resultaban opacos; es la voz de Cristo que resuena «tan dulce» al alma (2M 2,1). La primera lucecita en la noche del hombre, que vivía sin relación alguna con Jesús. Y ahora Teresa presenta otro tipo de oscuridad. El viajero hacia la aurora del yo no debe buscar ni asentarse en su marcha en ningún gusto espiritual: «Abrazaos con la cruz —les dirá—, lo demás como cosa accesoria» (2M 2,7)<sup>22</sup>. Las similitudes con el cantor de la noche en este caso son evidentes. La relación con Dios debe establecerse desde la fe. El gusto o el sabor en esta relación resultan accesorios. Para muchos la llamada «sequedad espiritual» puede ser motivo de abandono del camino (2M 2,20), ya que generalmente al principio se produce esa sensación gustosa a la que el sujeto de Moradas siente la tentación de adherirse. Teresa exhorta a la entrega, poniendo como modelo la de Jesús: «Pues si nunca le miramos ni consideramos lo que le debemos y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer ni hacer obras en su servicio» (2M 1,12). El pasaje cita dos textos de Juan y otros dos de Mateo. Pero el centro del mismo nos recuerda a Nicodemo, a quien en plena noche se le invita a mirar al crucificado (Jn 3,11-16)<sup>23</sup>. Así, la cruz queda situada en el corazón de la noche.

### *Presencia de la noche en el seguimiento de Jesús (3M)*

Ya lo cristiano toca el ser del seguidor (3M 1,5), que tiene momentos de relación con Cristo, siente el rechazo del pecado y comienza a entender que esta comunión le vincula al hermano. Pero entiende esto como algo muy organizado y orientado por el discurso de la razón que él cree sustentado en la fe (3M 1,3; 2,5). Para comprender los sentimientos que le embargan, bástenos saber que Teresa los refleja en la figura del joven rico (3M 1,5.7). Pero éstos obviamente no son suficientes, hay que llegar a la desnudez de todo (3M 2,3). «Que no hay duda —dice—, sino que si perseveran en esta desnudez y dejamiento de todo, que alcanzarán lo que preten-

<sup>22</sup> Cf. 1S 14,2.

<sup>23</sup> Cf. 1S 14,3.



den» (3M 1,8). «Desnudez» y «dejamiento», dos palabras clave que suenan al autor de Subida del Monte Carmelo<sup>24</sup> y que Teresa lee desde Jesús (3M 1,8). Estamos ante la purificación activa del sentido y en parte también del espíritu.

Pero en seguida se aludirá a otro tipo de noche, sin duda, de carácter pasivo, en relación con los sentidos, y que simplemente señalará, sin detenerse en explicar. Estas son sus palabras: «Y dejo unos trabajos interiores que tienen muchas almas buenas, intolerables, y muy sin culpa suya, de los cuales siempre los saca el Señor con mucha ganancia y de las que tienen melancolía y otras enfermedades» (3M 1,5). Y prosigue: «Digo que dejo los trabajos grandes interiores que he dicho, que aquellos son mucho más que falta de devoción» (3M 1,7)<sup>25</sup>. Y como remate de esta doble noche, precisa: «No pienso que da muchos gustos, si no es alguna vez para convidarlos con ver lo que pasa en las demás moradas, porque se dispongan para entrar en ellas» (3M 2,9). Es llamativo que Teresa no haya estampado aquí la palabra noche oscura.

Pero todavía va más allá, al exigir un buen discernimiento para no vivir engañados. Incluso le llega a pedir al Señor que sea él el que nos pruebe (3M 1,9). Refiriéndose a la comprensión demasiado humana de la fe, dice con ironía: «No hayáis miedo que se maten (se refiere a las penitencias que hacen), porque su razón está muy en sí, no está aún el amor para sacar de razón» (3M 2,7). Sacar de razón es uno de los propósitos de la noche<sup>26</sup>.

### *El despertar de la aurora en sombras de noche (4M)*

Aquí Teresa sitúa el inicio de la mística. Los sentidos del hombre se hallan todavía «enajenados», alienados, diríamos hoy. La descripción del primer momento místico —oración de recogimiento infuso— es sencillamente primorosa (4M 3,2). Después de contemplar a Jesucristo Rey en el centro del alma, le denomina pastor, y dice: «Y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las

<sup>24</sup> Estaríamos en la purificación activa del espíritu (2-3S).

<sup>25</sup> Alusión clara a la noche pasiva del sentido (1N).

<sup>26</sup> Cf. 2S 6.

cosas exteriores en que estaban enajenados (los sentidos) y métense en el castillo» (4M 3,2). La enajenación anterior la ha descrito como noche, pero ahora se produce una nueva al ser trasladados los sentidos a otro ámbito de percepción<sup>27</sup>. Embelesado por esta sensación de absorción, el espiritual tiene la tentación de querer permanecer en ella cuando ha cesado, provocándola, ahuyentando de sí toda imaginación corpórea, incluidas las de la Humanidad de Cristo. Gran error, sobre todo lo tocante a esa pérdida de la imagen de Jesús, que con no poca repugnancia, también impregnó a Teresa. Este desacierto constituyó para ella una profunda noche, como nos revelará cuando descubra que la Sagrada Humanidad es medio imprescindible para la más alta contemplación (6M 7,5ss).

Otra de las experiencias del presente estadio se refiere a la oración llamada de quietud, que en sumo grado viene denominada «sueño de las potencias» (4M 3,12), y que se percibe como ola impetuosa (4M 2,4) o perfume embriagador (4M 2,6), que surge de algo más hondo que el mismo corazón (4M 2,4). Fuente que anega o aroma delicioso que extasía. Ante esta experiencia gustosa, Teresa aconseja inclinarse al padecer e imitación del Señor (4M 2,10) como hacen los verdaderos espirituales: «Que no sólo no le piden gustos ni los desean, mas le suplican no se los dé en esta vida» (4M 2,10)<sup>28</sup>; pareciéndole desacertado cuanto acaece en algunos, que «en teniendo algún regalo, sujétalos el natural, y como sienten contento alguno interior y caimiento en lo exterior y una flaquez... paréceles que es lo uno como lo otro y déjense embebecer» (4M 3,11).

Como puede suponerse, este doble tipo de experiencia no es continuo. El volver a la vivencia ordinaria produce de nuevo el sobresalto, que provoca la duda y la zozobra: «Porque hasta que la experiencia es mucha queda el alma dudosa de qué fue aquello, si se le antojó, si estaba dormida, si fue dado de Dios, si se transfiguró el demonio en ángel de luz. Queda con mil sospechas y es bueno que las tenga» (5M 1,5); noche, por tanto.

<sup>27</sup> Cf. 1N 10.

<sup>28</sup> Cf. 1S 1,4; 7,2; LI 3,74.

*Perfumes de Cristo en la penumbra de la noche (5M)*

La experiencia que Teresa denomina unión resulta un salto cualitativo con respecto al estadio precedente, es inconfundible; cosa que no acontecía con las anteriores (5M 1,11; 2,9), pues «fija Dios a sí mismo en el interior de aquel alma» (5M 1,8). Esta percepción imborrable produce «una muerte sabrosa, un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, deleitosa, porque, aunque de verdad parece se aparta el alma de él para mejor estar en Dios, de manera que aun no sé yo si le queda vida para resolgar» (5M 1,4). Todas las potencias quedan absortas. Dos imágenes utiliza aquí la autora: la del gusano de seda (5M 2,2-7) y la del amor nupcial (5M 4,2-4), que ahora inicia su proceso para terminar en el matrimonio de séptimas moradas. Además de esta unión de índole mística, se habla de otra, de tipo ascético, por la que muestra sus preferencias (5M 3,2; cf. 5M 3,5). En la unión mística o «regalada», como también la denomina, la experiencia se percibe, pero no se puede explicar. Un texto de Vida alusivo a este momento expresa mejor que ningún otro esta situación: «La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama. El entendimiento si entiende, no se entiende cómo entiende; al menos no puede comprender nada de lo que entiende. A mí no me parece que entiende, porque —como digo— no se entiende. Yo no acabo de entender esto» (V 18,14; cf. 5M 1,9)<sup>29</sup>. A pesar de todo, Teresa considera esta noche «sabrosa» (5M 1,4). Noche embriagadora. Dice: «Esta entiendo yo es la bodega donde nos quiere meter el Señor» (5M 1,13). La comprensión del fenómeno se produce después, y en esta ambigüedad veo yo las sombras de la noche de quintas moradas (5M 1,10). Dicha comprensión se hace más que por vía intelectual, por percepción cordial. Pero quizá la noche de toda esta experiencia quede expresada en las siguientes palabras, referidas a la unión no mística o unión de voluntad: «es la que está más clara y segura» (5M 3,5), y añade: «Ninguna cosa se os dé de estotra unión regalada... que lo que hay de más precio en ella es por proceder de ésta» (5M 3,3). Por lo demás, este tipo de unión «siempre es breve» (5M

<sup>29</sup> Esta trasposición de las potencias o de los centros de captación del ser quedan magistralmente descritos por Juan de la Cruz (2N 3,3; 9,3; 16,7).

1,9). Acaso estas afirmaciones ¿no ponen una nota de penumbra a toda la mística precedente?

La posibilidad de no ser fieles a tantas gracias (5M 4,6-10) es otra de las oscuridades de esta morada. Pero la prueba más dura es ver que Dios no es amado (5M 2,7). Dolor «insufridero». Esto último no entenebrece el misterio de Dios en sí, pero sí en su creación al hacerse incomprensible que Dios sea rechazado u olvidado por su criatura. Y esta pena alcanza su punto más encumbrado cuando considera el de Jesús en estas circunstancias. «Sin duda —dice la autora— creo yo que fueron muy mayores que los de su sacratísima Pasión» (5M 2,14).

Finalmente, señala como último criterio de verdad de su experiencia las obras (5M 4,9) y, sobre todo, el amor al otro (5M 3,11; cf. 5M 3,9; 5M 2,9). Por otra parte, la duración del fenómeno es breve, como hemos señalado; por lo que enseguida se ha de tornar a la vida normal, que Teresa describe así: «Y quien dijere que después que llegó aquí siempre está con descanso y regalo, diría yo que nunca llegó, sino que por ventura fue algún gusto, si entró en la morada pasada y ayudado de flaqueza natural» (5M 2,9). Como vemos también la noche se hace presente en el tiempo de la unión.

#### EN PAR DE LOS LEVANTES DE LA AURORA (6M)

Más de la mitad del libro del Castillo interior lo ocupan las sextas moradas. Aquí se da la verdadera noche que coincide en parte con la más oscura de San Juan de la Cruz. Los capítulos primero y último de estas sextas moradas principalmente se consagran a ella. Teresa pone una noche previa al desposorio y otras posterior al mismo y previa, por consiguiente, al grado de matrimonio o transformación en Cristo.

#### *Con gozo en la noche esperando las bodas*

El Señor va predisponiendo a la persona para este fenómeno (6M 4,1) mediante unos «impulsos tan delicados y sutiles, que pro-

ceden de lo muy interior del alma (6M 2,1). El primero sucede al modo de un cometa o relámpago-trueno, que hiere sabrosa y dulcemente (6M 2,29). El fenómeno lleva en sí algún sabor de noche: pena sabrosa y dulce, con efectos de crucifixión (6M 2,6). El segundo no comporta ningún tipo de oscuridad. Es «inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor grande que se comunicase por todos los sentidos» (6M 2,8).

Otros son unas hablas singulares, nítidas y muy inteligibles, pero que casi nunca se oyen con los oídos corporales (6M 3,1), que alcanzan su cenit cuando van acompañadas de visión intelectual (6M 3,12). Teresa dice que quien haya alcanzado estas alturas jamás podrá dudar, pero una leve penumbra parece adivinarse si tenemos en cuanta aquella advertencia suya: «Jamás haga nada ni le pase por pensamiento sin parecer de confesor letrado y siervo de Dios, aunque más y más entienda y le parezca claro ser de Dios» (6M 3,11).

### *Luz en el desposorio*

La concesión de esta gracia, centro de nuestra morada, tiene lugar en medio de un arrobamiento (6M 4,1). Se debe esto a que de otra forma el ser humano no soportaría tanta iluminación (6M 1,1). Aunque sus facultades quedan absortas y los sentidos perdidos, comprende cuanto allí está sucediendo (6M 4,2), porque las gracias recibidas «en lo muy interior del alma quedan bien escritas y jamás se olvidan» (6M 4,6; cf. 6M 4,7). Todo está aconteciendo en pura visión intelectual con efectos grandísimos (6M 4,14-15). Cuando tiene lugar en público la persona se altera. Teresa juzga esto como falta de humildad, pero cree que por entonces no se puede hacer otra cosa (6M 4,16).

### *Intensas experiencias*

El llamado vuelo de espíritu es como el arrobamiento en su máxima intensidad. Ímpetu grande, ola poderosa que sube a lo alto la navecilla del alma (6M 5,7). Causa temor por ignorarse el origen

de su movimiento (6M 5,1), pero le cambia los gustos, pues «no ve cosa de las que le solían parecer bien que no le haga dársele nada de ella» (6M 5,9). La responsabilidad contraída con tantas gracias y la memoria de los pecados pasados pone en vilo al alma<sup>30</sup>. En su caso, esta pena se cura al oír de labios del Señor «que él le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión (6M 5,6). Todo esto produce tales deseos de ver a quien tanto la ama, que vive con hartor tormento, aunque sabroso» (6M 6,1). De este vuelo surgen intensos deseos que van transfigurando al hombre (6M 6,3.10-11). También sombras de noche se hacen presentes aquí, como el temer a ser engañada (6M 6,2), incomprendiones del confesor a quien obedece a ciegas, y sentirse cobarde y atemorizada. Sobre esto último puntualiza: «Entiendo yo que la deja el Señor entonces en su natural» (6M 6,5).

### *La experiencia de Cristo, luz en la noche*

Las sextas moradas dedican tres largos capítulos a Cristo (7-9). En el séptimo expone el sentido de Cristo y principalmente de su Humanidad en la vida espiritual. Y en los otros dos su experiencia de él a través de las visiones intelectuales e imaginarias. Esta sección muestra las vivencias más luminosas del libro de Moradas (6M 10,1). Pronto todo quedará envuelto en la noche.

Teresa defiende que la representación de la Humanidad de Cristo no sólo no es impedimento para la contemplación, sino la realidad más adecuada para conseguirla, y lo apoya con un verdadero argumento teológico. Con esta postura otorga a la mística una sensibilidad especial. Podemos decir que la hace cristiana.

Las visiones intelectuales (6M 8,2-3) le permiten observar cómo Cristo la invade y se impone, aunque no lo contemple bajo imagen alguna. En las visiones imaginarias (6M 9,3-4) se percibe a Cristo con imagen, pero tan depurada que, aunque se le vea en algún aspecto de su vida terrena, siempre se le percibe con la carne glorificada (V 29,4), y la figura, tan trascendida, que excede toda compara-

<sup>30</sup> Cf. 2N 6,6; 10,8

ción o símbolo. Las visiones intelectuales pueden durar por espacio de un año (6M 8,3). Los efectos son sorprendentes y las palabras, siempre de tono bíblico (6M 8,3), producen de inmediato cuanto significan (6M 8,3).

Pero no se libra de la noche esta luminosidad tan fulgurante «cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad y soledad grande que diré adelante, que aun entonces de Dios parece se olvida» (V 28,9).

También se hace presente cuando por la incomprensión de algún maestro espiritual, que atribuye los fenómenos a origen diabólico, obliga incomprendiblemente a Teresa a hacer burlas a esa figura del Señor que ella contempla llena de majestad y piedad. Teresa diría, apoyada por otros directores de conciencia, que, aunque la imagen fuera demoníaca, por ser de Jesús, habría de ser reverenciada. ¡Noche en medio de tanta luz!

### *Ascenso al misterio de Dios*

Después de las experiencias cristológicas, sextas moradas registran otras relaciones con la divinidad. En visión intelectual percibe cómo se hallan en Dios todas las cosas (6M 10,2-3), y cómo el pecado se ejecuta no sólo en su presencia, sino dentro del mismo Dios. El dolor (noche) tiene lugar aquí cuando Teresa observa esa tremenda realidad, infinita contradicción, que Dios absorbe en su misericordia.

Otra experiencia del misterio de Dios tiene lugar cuando la autora descubre la existencia de una única verdad (6M 10, 6), que se confunde con Dios mismo, y que deja oscurecida la verdad de las criaturas. Esa verdad que, como decimos, es Dios mismo, queda estrechamente ligada a la historia de Jesús o, mejor, a su misma persona (6M 10,6). A la luz de esta verdad todo lo humano palidece y a la vez se enciende.

## LA AUTÉNTICA NOCHE OSCURA DE TERESA

Ya hemos advertido que Juan de la Cruz habla de varias noches, aunque él sostiene que la auténtica se refiere a la noche pasiva del espíritu, que narra admirablemente en el segundo libro de esta obra. También Santa Teresa, aunque no use esa terminología, nos hablará de una noche semejante aquí en sextas moradas.

*Noche en la experiencia del pecado, que nunca se extingue*

La experiencia pecadora del hombre, según Teresa, no se extingue nunca, se aumenta al ritmo del crecimiento espiritual (6M 7,1), y el dolor no se aquieta jamás (6M 7,2)<sup>31</sup>. La pena aprieta más con la comunicación de la gracia: «Porque en estas grandezas que le comunica, entiende mucho más la de Dios» (6M 7,2). Desde aquí se comprende que Teresa y en general los místicos se sientan de verdad pecadores profundos. Para ella uno de los criterios seguros de discernimiento positivo se halla en la percepción de esta pena. Afirma al respecto: «Esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece se aviva en la memoria y es harto gran cruz» (6M 7,2). El que el pecado se experimente perdonado de forma absoluta no aminora la congoja, pues «añade a la pena —afirma Teresa— ver tanta bondad y que se hace mercedes a quien no merece sino injuria» (6M 7,4)<sup>32</sup>. Teresa ha conocido o, mejor, experimentado la condición pecadora del hombre en más alto grado en la medida que se ha introducido más profundamente en la mística.

*Noche oscura horrenda*

Lo más propio de esta noche se halla en el hecho de que el hombre percibe con casi absoluta claridad que Dios no es para él (6M 1,3)<sup>33</sup>. Sabe que Dios es amor, pero se siente esencialmente indigno de ese amor, y ve que ni el mismo Dios, en su esencial

<sup>31</sup> Cf. 2N 10,8.

<sup>32</sup> Cf. 2N 7,7; 10,2.8.

<sup>33</sup> Cf. 2N 7,7; 9,7; 2N 13,5.



bondad, es capaz de modificar esa situación, por la distancia abisal que le separa de su criatura (6M 1,9,11). En ningún caso la noche supone la duda sobre la existencia de Dios (6M 1,11). Y esto ni siquiera en el caso de Teresa de Lisieux<sup>34</sup>. Otra de las peculiaridades de la noche se refiere a la pureza del hombre que, en ninguna circunstancia, de forma consciente se apartaría de la voluntad divina. La noche es sumamente positiva, noche de pasión amorosa, noche que surge de un amor imposible; de ahí la tensión de angustia. Pero nunca noche por la duda de la existencia de Dios<sup>35</sup>.

La noche alcanza también al cuerpo y a veces empieza por él, desestabilizando todo el conjunto. La noche tiene momentos tan intensos que si no fueran suavizados peligraría la misma vida. Tanto Teresa como Juan de la Cruz hablan de estas interrupciones (6M 1,10; 2N 19,4). Los sufrimientos son tantos que dirá Teresa que «si se entendiese antes sería dificultosísimo de determinarse la flaqueza natural para poderlo sufrir ni determinarse a pasarlo» (6M 1,2).

La primera constatación de la noche en el caso teresiano es que «parece entonces que está todo perdido» (6M 1,3). Nos recuerda, como turbulencias que generaron parte de su noche, cuanto le aconteció en la fundación de San José de Ávila. Le decían que estaba engañada, que quería aparentar, que todo lo suyo tenía origen diabólico. Y esto dicho por personas de Iglesia o amigos a quienes ella en principio daba gran crédito. Llegó a pensar que incluso le negarían la absolucón, o más aún que nadie la quisiera confesar. Piénsese que esto estaba acaeciendo en los momentos más temibles de la Inquisición. Estas murmuraciones, que ahora la atormentaban y la envolvían en un mar de dudas y perplejidades, más adelante, cuando la noche había pasado ya, le resultaban «como una música muy suave» (6M 1,6). Y a quienes le hacía tanto daño tomábales «un amor particular muy tierno» (6M 1,6).

Ya hemos dicho que los desajustes corporales pueden entrar como otros elementos a formar parte del desencadenamiento de la noche. Dice de sí misma: «Yo conozco una persona que desde que comenzó el Señor a hacerle esta merced... —que ha cuarenta años—

<sup>34</sup> Cf. J.-F. Six, *Una luz en la noche. Los 18 últimos meses de Teresa de Lisieux*, o.c., 46.

<sup>35</sup> Cf. 6M 11,6; 2N 7,7.

no puede decir con verdad que ha estado día sin tener dolores y otras maneras de padecer» (6M 1,2). Y enseguida observa: «Mas yo siempre escogería el padecer siquiera por imitar a nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiese otra ganancia en especial, que siempre hay muchas (6M 1,7). Hasta aquí sólo se ha referido a penas exteriores.

Entre las interiores se fija primeramente en la contradicción del confesor que atribuye su experiencia a origen diabólico o psíquico. Ella siente la verdad en su interior, pero los representantes del Señor juzgan las cosas de otra manera. La zozobra y la angustia hacen en ella profunda mella. Más tarde comprenderá el valor de estos momentos de oscuridad. En fin, noche todavía no cerrada por esa iluminación interior que no se ha extinguido del alma. La pena se hace insufrible cuando se junta con esto el dolor del pecado pasado. Le ronda la tentación de que quizá por esas infracciones, Dios permite ahora que sea engañada. A veces, una ráfaga de luz apaga esta tempestad, pero dirá que esto «es cosa que pasa de presto» (6M 1,8). La noche alcanza su cumbre «cuando vienen unas sequedades que no parece que jamás se ha acordado de Dios, y que como una persona de quien oyó decir desde lejos, es cuando oye hablar de su Majestad» (6M 1,8).

Y la pena se aviva cuando le ciega la idea de que informó mal a sus confesores. Llega hasta sentir que esta reprobada por Dios (6M 1,9). Este pensamiento lo achaca al demonio a quien Dios permite que la pruebe. Y ahora compara sus dolores a los del infierno. No se olvide la famosa visión de éste relatada en el libro de la Vida. ¿Experimentó Teresa lo que significaba la condenación? ¿La carencia de Dios? ¿El deseo insufrible de no poder verle nunca? Veamos las palabras de Moradas: «Porque son muchas las penas que la combaten con un apretamiento interior de manera tan sensible e intolerable, que yo no sé a qué se puede comparar, sino a las que padecen en el infierno porque ningún consuelo se admite en esta tempestad» (6M 1,9). La noche se cierra, no hay escapatoria. Los confesores —alguno lo manifestará más tarde— se sienten como interiormente forzados a ir contra ella. Si acude a los libros, no le dicen nada y además es incapaz de retener lo leído. No ve en sí ninguna virtud, ni que tiene amor de Dios ni que lo tuvo algún

tiempo. Las gracias (mercedes) «le parecen cosa soñada y que fue antojo, los pecados ve cierto que los hizo (6M 1,11). No puede rezar, le hace daño la soledad, no le consuela estar con nadie. «El mejor remedio —dice— es entender en obras de caridad y exteriores y esperar la misericordia de Dios» (6M 1,13).

Pero la noche horrenda no es continua. Cristo la detiene por amor al alma y para que no desfallezca. Dice Teresa: «A deshora, con una palabra suya o una ocasión que acaso sucedió, le quita todo tan de presto que parece no hubo nublado en aquel alma, según queda llena de sol y de mucho más consuelo» (6M 1,10). Texto muy similar a este de Juan de la Cruz: «Dale Su Majestad muchas veces y muy de ordinario el gozar, visitándola en espíritu sabrosa y delectablemente; porque el inmenso amor del Verbo Cristo no puede sufrir penas de su amante sin acudirle» (2N 19,4).

### *A oscuras por la secreta escala hacia el aire de la almena*

La gracia del desposorio a la que acompañan otras muchas tiene lugar después de la noche que acabamos de relatar. Pues bien, el gemido del alma también aquí como dice Juan de la Cruz no se apaga (6M 11,1). Crece el amor, crece la pena por la herida de la ausencia, que se aviva al escuchar cosas de Cristo, noticias de Dios. Surge del interior como un ímpetu junto con una vivísima noticia de la ausencia de Dios. Es el grito sin consuelo del «muero porque no muero». La presencia de Dios es la sustancia del deseo del alma. Teresa compara ahora estas ansias «insufrideras» con las del Purgatorio. Dice: «Yo vi una persona así (ella misma) que verdaderamente pensé que se moría y no era mucho maravilla, porque cierto es gran peligro de muerte, y así, aunque dure poco deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazón los pulsos tiene tan abiertos como si el alma quisiera ya dar a Dios» (6M 11,4). Hasta ahora se conformaba la voluntad con la de Dios de no verle por el momento, ahora, aunque tiene la conformidad, no tiene el sentimiento. «Siente una soledad extraña» (6M 11,5). Entre el cielo y la tierra, sin hacer asiento en nada, con sed insufrible de Dios como en el infierno. En una Pascua de Resurrección sintió ella particularmente esta pena; aunque, por otra parte, teme

a la muerte (6M 11,9). Experiencia tan extrema produce incontables efectos, entre los que es imprescindible reseñar: el deseo de solo Dios y un arrancarse de raíz de toda criaturidad.

### *También sombras en las cumbres*

Al comenzar la narración de séptimas moradas, la autora nos recuerda las tinieblas de donde venimos (7M 3,1), confesando abiertamente que en los estadios precedentes no existe la paz ni la luminosidad plena. Mientras que las facultades en las etapas anteriores quedaban absortas, ahora permanecen bien despiertas (7M 1,6-7), y las experiencias se realizan en el centro del alma (7M 2,3). La comunión con Dios ya es permanente, sin la conmoción anterior, salvo raras excepciones (7M 3,12). La presencia de las personas divinas no se percibe siempre con tan gran intensidad: «Porque si esto fuese, era imposible entender en otra cosa, ni aun vivir entre la gente, mas, aunque no es con esta tan clara luz, siempre que advierte, se halla con esta compañía» (7M 1,10).

Teresa no olvida recordar que la noche no se ha extinguido del todo, pues «vive con ordinaria pena y confusión en ver lo poco que puede hacer» (7M 2,12). Además se siente como el publicano (7M 3,14). Recuerda a los espirituales que tienen estas experiencias y que «a veces temen que como una nave que va muy demasiado cargada se va a lo hondo, no les acaezca así» (7M 3,14). Y finaliza en alusión a nuestra noche con estas palabras: «Yo os digo... que no les falta cruz, salvo que no les inquieta ni hace perder la paz, sino pasan de presto, como una ola, algunas tempestades, y torna bonanza» (7M 3,15).

### CONCLUSIONES

1. La noche en sentido estricto aparece como uno de los elementos centrales en la espiritualidad de Teresa.
2. Teresa la sitúa en aquellos mismos puntos que lo hace San Juan de la Cruz, maestro indiscutible de la misma.

3. No pocos contenidos de ésta también son coincidentes con los de Juan de la Cruz. Señalamos algunos:
  - a) Sensación de que Dios no es para ella.
  - b) Sentimiento de estar reprobada por Dios.
  - c) No está claro si en la experiencia del infierno padeció la noche pasiva del sentido sólo o también la del espíritu.
  - d) ¿Fue ese suceso del infierno experiencia de condenación o de purificación —infierno o purgatorio—?
  - e) Durante la noche nada ni nadie puede procurarle un atisbo de luz. Ni el teólogo ni el acompañante espiritual ni la lectura de un libro.
  
4. También aparecen en Teresa otros tipos de noche menos agresivos, a los que se refiere Juan de la Cruz:
  - a) Experiencia de un Dios lejanísimo.
  - b) Sed insufrible de ese Dios, que no se le entrega ya.
  - c) Sedeadas profundas en el alma, como la acaecida un día de Resurrección.
  - d) De la noche pasiva del sentido tenemos clara constancia en las terceras moradas.
  - e) De la noche activa del sentido las referencias se pueden encontrar a lo largo de toda su obra, cuando exhorta a buscar al Señor sin hacer asiento en los gustos espirituales, abrazados con la cruz que él llevó.
  - f) La noche activa del espíritu se refleja en numerosísimas enseñanzas referidas a la vivencia de las virtudes y sobre todo a llevar una existencia al estilo de la del Señor. Fe e Iglesia como centros de referenciales son claves en su espiritualidad.
  
5. Esta reflexión nos obliga a «repensar» algunos puntos esenciales del pensamiento-vivencia teresianos, como son: Dios, Cristo, Iglesia, experiencia, hombre, mundo, vivir cristiano, significado de la mística, y otros.